



IV CENTENARIO
DE LA MUERTE DE
CERVANTES



Don Quijote

MIGUEL DE CERVANTES

Adaptación de Jesús Cortés

clásicos
algar joven

I

*Que trata de la condición del ingenioso
hidalgo don Quijote de la Mancha
y de cómo fue armado caballero*

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, vivía no hace mucho un hidalgo de los de lanza en astillero, escudo antiguo, rocín flaco y galgo corredor. Vivía el hidalgo de rentas, de las que tres cuartas partes se gastaban en llenar los platos de cada día; por regla general, olla con más vaca que carnero, salpicón para las noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, y algún palomino los domingos. El cuarto de renta que quedaba se lo llevaba un sayo de paño oscuro, unas calzas de terciopelo para las fiestas y un traje pardo con el que nuestro hidalgo se honraba entre semana. Tenía en su casa un ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte. Nuestro hidalgo rondaba los cincuenta años. Era de complexión recia, seco de carnes y de rostro delgado. Madrugaba a menudo y era gran amigo de la caza. Algunos dicen que tenía el sobrenombre de Quijada, o Quesada, aunque bien podría ser Quijana. Pero esto importa poco a nuestra historia: basta que su narración no se salga un punto de la verdad.

Es necesario saber que este hidalgo se dedicaba a leer libros de caballerías cuando estaba ocioso, que era

la mayor parte del año. Con tanta afición los leyó y tanto interés le despertaron que llegó a vender algunas de sus tierras para comprar todos los libros de caballerías que pudo encontrar.

Leyendo se le pasaban las noches en blanco. Y así, de tanto leer y de tan poco dormir, se le secó el cerebro hasta que acabó perdiendo el juicio. Encantamientos, batallas, amores y desafíos se le asentaron de tal modo en su imaginación, que llegó el día en que creyó que todo lo que había leído era cierto, y que todos los caballeros de tantas aventuras leídas habían existido. Con su amigo el cura discutía sobre cuál había sido mejor caballero, si Palmerín de Inglaterra o si Amadís de Gaula. Aunque maese Nicolás, el barbero, decía que ninguno era como el Caballero del Febo. Decía nuestro hidalgo que el Cid Ruy Díaz había sido muy buen caballero, pero que no podía compararse con el Caballero de la Ardiente Espada, que de un solo revés partió por la mitad a dos fieros gigantes. Mejor le parecía el caballero Bernardo del Carpio, pues en Roncesvalles había matado a Roldán el Encantado. Y hablaba mucho y bien del gigante Morgante porque, entre todos los gigantes, que eran soberbios e insolentes, él era el único afable y educado. Pero, por encima de todos, admiraba a Reinaldos de Montalbán, sobre todo cuando lo imaginaba robando aquel ídolo de Mahoma, que era de oro macizo, según cuenta su historia.

Duelos, luchas, batallas y damas acabaron por rematarle el juicio, y nuestro hidalgo, atrapado por sus delirios, vino a dar con el pensamiento más extraño

que dio loco en el mundo. Pensó en hacerse caballero andante y recorrer los caminos con sus armas y su caballo, en busca de gigantes a los que matar, princesas a las que rescatar o desventurados a los que socorrer.

Tomada tal decisión, durante días se preparó para llevar a cabo su deseo. Limpió las armas mohosas de sus bisabuelos. Con unos cartones convirtió un morrión en celada. Y con hierros reforzó una vieja espada que amenazaba con romperse con solo mirarla.

Después se ocupó de su achacoso rocín, que era todo piel y huesos, pero que a sus ojos ni el Bucéfalo de Alejandro ni el Babieca del Cid se le podían comparar. Le puso por nombre Rocinante. Y él, tras mucho pensarse un nombre para sí mismo, vino a llamarse don Quijote. Pero, recordando que el valeroso Amadís no se contentó con llamarse Amadís a secas, sino que añadió a su nombre el de su reino y patria para hacerla famosa y se llamó Amadís de Gaula, él hizo lo mismo y vino a llamarse don Quijote de la Mancha.

Después, solo le faltó buscar una dama de la que enamorarse, ya que un caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma. La elegida fue una labradora de la que estuvo enamorado tiempo atrás, si bien ella nunca lo supo. Se llamaba Aldonza Lorenzo, y por nombre le puso Dulcinea, Dulcinea del Toboso, pues de allí era la aldeana.

Con todo listo, viéndose ya caballero andante, una madrugada de julio don Quijote abandonó su hacienda, con todo sigilo y sin ser visto, en busca de sus primeras aventuras.

Hay autores que dicen que la primera fue la de Puerto Lápice; otros, que la de los molinos de viento. Pero lo que yo pude averiguar de este caso y hallé escrito en los anales de la Mancha es que aquel día, que era viernes, don Quijote lo pasó sobre su rocín por los campos de Montiel, bajo un sol abrasador que le hubiera derretido los sesos de haberle quedado alguno. Fue entonces cuando, en su afán por convertirse en caballero andante, advirtió que había olvidado aquello más importante y necesario para llevar a cabo su labor: armarse caballero.

Ansioso por reparar la falta, unas leguas después llegó a una venta que pronto vio como todo un castillo con torres y chapiteles, y hasta con puente levadizo y foso. En ese momento, no lejos de allí, un porquero llamaba a sus puercos a recogerse tocando el cuerno, y don Quijote, con gran contento, imaginó que anunciaban su llegada a tan esplendido castillo.

Al verlo llegar armado con lanza y escudo, dos mozas de esas que llaman del partido, que iban a Sevilla con unos arrieros y que se hallaban a la puerta, corrieron dentro a esconderse.

—Non fuyan vuestras mercedes, ni teman desaguisado alguno —les dijo don Quijote—. La orden de caballería que profeso no toca ni atañe facérselo a ninguno, y menos aún a tan altas doncellas.²

2. Tanto en este parlamento como en algunos posteriores, don Quijote se sirve del habla arcaizante de los antiguos caballeros andantes, al estilo de los libros de caballerías.

Al oírse llamar doncellas, cosa tan alejada de su profesión, las mozas no pudieron aguantar la risa. No tardó en salir el ventero, hombre que por ser muy gordo era muy pacífico.

—Si vuestra merced busca lecho y posada, no encontrará lecho aquí, pero sí buena comida —le dijo a don Quijote.

—Para mí cualquier cosa basta, porque «mis arreos son las armas, mi descanso el pelear» —le respondió don Quijote.

Por sus palabras y su aspecto, el ventero sospechó de la falta de juicio de don Quijote. Aun así, el ventero lo ayudó a descabalar, y pronto se halló don Quijote ante un plato de abadejo acompañado de pan negro y vino.

Poco después, con las tripas llenas, don Quijote se encerró con el ventero en la caballeriza. Fue entonces cuando el ventero acabó por convencerse de la falta de juicio de su huésped, al ver que don Quijote se arrodillaba ante él y le decía:

—Valeroso señor de este insigne castillo, necesito que vuestra cortesía me conceda un deseo que debo pedirle.

—¿Y de qué se trata? —preguntó el ventero.

—Necesito que mañana, al alba, me arméis caballero, pues caballero andante debo ser. Esta noche, si me lo permitís, velaré las armas en la capilla de vuestro castillo.

—No tenemos capilla en este castillo —dijo el ventero siguiéndole la corriente—. La han derribado para hacer una nueva. Pero vuestra merced puede velar las armas en el patio, si quiere. ¿Trae dinero?

—En las historias sobre caballeros andantes nunca he leído que los caballeros llevarsen.

—Pues vuestra merced se equivoca, pero en los libros no se dice porque sus autores dan por hecho que la gente ya lo sabe. Los caballeros andantes llevan bien provistas las bolsas, y también llevan camisas, y unguentos con los que curar sus heridas. Y un escudero, que es el que se encarga de llevarlo todo en buenas alforjas.

Prometió don Quijote hacer todo lo que se le aconsejaba y, llegada la noche, dispuso sus armas sobre un abrevadero que había junto a un pozo. Después cogió la lanza y comenzó a pasear por delante con aire marcial. Desde la venta, arrieros y mozas podían verlo entre risas y burlas paseándose arriba y abajo aferrado a su lanza.

—Es un pobre loco que se cree caballero andante —les dijo el ventero.

Poco después uno de los arrieros de la venta salió para dar de beber a sus mulas y las llevó al abrevadero. Al llegar apartó a un lado las armas de don Quijote.

—¡Eh, tú, quienquiera que seas! —le dijo don Quijote—. ¡Cómo osas tocar las armas que vela el más valeroso caballero que jamás se ciñó espada!

El arriero no hizo caso y acabó de quitar las armas. Entonces don Quijote, sin dudarlo, le dio con la lanza un gran golpe en la cabeza. El arriero lanzó un quejido y cayó al suelo. Maltrecho, huyó a la venta mientras don Quijote devolvía las armas a su lugar. Pero apenas había vuelto don Quijote a sus paseos cuando otro arriero apareció por el abrevadero con sus mulas, y volvió a apartar las armas. Don Quijote se le acercó y sin

mediar palabra asestó otro lanzazo, y el arriero cayó al suelo entre alaridos de dolor.

Al oírlo acudió toda la gente de la venta, y con ellos, el ventero. Viendo esto don Quijote, embrazó su escudo y puso mano a la espada.

—¡Oh, hermosa Dulcinea, vida del debilitado corazón mío! —dijo—. Vuelve los ojos de tu grandeza hacia este tu cautivo caballero, al que una gran aventura le espera. ¡Venid, osados malandrines!

Por respuesta don Quijote recibió toda una lluvia de piedras que lo obligaron a protegerse tras el escudo.

—¡Parad! —voceaba el ventero—. Ya os he dicho que es un pobre loco.

—¡Traidores! ¡Canallas! —decía don Quijote—. Atacad cuanto queráis, que pronto, cuando reciba mi orden de caballería, veréis el pago que lleváis por vuestra sandez y osadía.

Ante la amenaza los arrieros sintieron temor y dejaron de arrojar piedras.

—Volved a la venta, que yo me encargaré del loco —les dijo el ventero—. Y decidles a las mozas que me traigan el libro de cuentas a la caballeriza.

Después, decidido a acabar con aquel asunto, el ventero se acercó a don Quijote, y le dijo:

—Disculpe vuestra merced la insolencia de esta gente baja. Su atrevimiento recibirá justo castigo. Y ahora véngase conmigo.

Don Quijote se vio arrastrado a la caballeriza.

—No puedo dejar mis armas desprotegidas.

–Vamos, de rodillas –le dijo el ventero–. Lo armaré caballero ahora mismo.

–Pero antes debo velar las armas hasta el alba –replicó don Quijote.

–Eso ya da igual. Con dos horas es suficiente y vuestra merced ya lleva más de cuatro. Así que, venga, deme su espada.

En ese momento entraron las mozas con el libro en el que el ventero anotaba las cuentas de la paja y la cebada. Las acompañaba un muchacho con una vela encendida.

–Es el libro de oraciones –le dijo el ventero a don Quijote.

Respetuoso con la ceremonia, don Quijote se arrodilló y agachó la cabeza. El ventero hizo como que leía y rezaba murmurando entre dientes. Al momento don Quijote notó el espaldarazo y, a continuación, la pescozada. Hecho esto, el ventero mandó a una de las mozas que le ciñese la espada. La moza obedeció aguantándose la risa, y cuando lo hizo le dijo a don Quijote:

–Dios haga a vuestra merced muy venturoso caballero y le dé ventura en lides.

Acabada la ceremonia, don Quijote no pudo mostrarse más ansioso de verse a lomos de su Rocinante y de partir en busca de aventuras. Tan extrañas fueron las palabras de agradecimiento que le dijo al ventero, que no es posible acertar a referirlas. Pero el ventero, por verlo fuera de la venta, le respondió con otras más breves y lo dejó ir sin tan siquiera pedirle nada por la comida.

Así es como don Quijote fue armado caballero e inició su nueva andadura. Pero al recordar los consejos del señor del castillo sobre el escudero que le faltaba y todo aquello que debía llevar, guió a Rocinante hacia su aldea, y el caballo, que ya se vio de nuevo en su cuadra, con tantas ganas comenzó a caminar que parecía que no ponía los pies en el suelo.